

IX.

La sangre pide sangre: la venganza
Que al lacerado corazón se aferra
Tapizó de cadáveres la tierra,
Devolviendo matanza por matanza.

Iturbide, según su vieja usanza,
Asesina en lugar de hacer la guerra,
Y Guerrero, luchando entre la sierra,
Mata también al que su espada alcanza.

Por fin el denodado independiente
Y el terrible realista se buscaron
En el ardor de aquella lucha ingente:

En la llanura y solos se encontraron,
Y al verse colocados frente a frente,
En vez de exterminarse, se abrazaron.

X

La gloriosa campana de Dolores
No tañó más alegre y más ufana
Que en México vibró cada campana
Saludando a los dos libertadores.

¡Ya no más oprimidos ni opresores!
¡No correrá más sangre mexicana!
¡A la nación, ya libre y soberana,
Cobija el pabellón de tres colores!

Ilusión engañosa del deseo
Que lo engrandece y abriga todo:
Ese triunfante, tricolor trofeo,

Que de loca alegría en el período
Saluda el pueblo con rauda clamoreo,
Va a mancharse con sangre: ¡Sangre y lodo!

XI.

El ambicioso Brigadier traiciona,
Con su ya conocida felonía,
La santa causa que salvado había,
Y ciñó a su cabeza la corona;

Pero el pueblo engañado lo destrona
Y en el cadalso paga su falsía.
¡La sangre pide sangre todavía!
¡La venganza no olvida ni perdona!

El caudillo del Sur, el varón fuerte
De fé sencilla y ánimo robusto,
También en el cadalso cayó inerte

Dando su sangre en sacrificio augusto:
Al traidor, la justicia le dió muerte;
Mas la traición le dió la muerte al justo.

XII.

Y la sangre siguió corriendo a mares
En fraticida y bárbara contienda
Y en el nombre de Dios ¡Blastemia horrenda!
Se predicó la guerra en los altares.

Aquel dios español que nuestros lares
Despedazados recibió en ofrenda,
Para calmar su indignación tremenda
Cercenó las cabezas a millares.

Mas no eras tú, Señor, alma divina
Del universo, padre de la idea.
Ese dios que destruye y asesina

No es el que mundos y existencia crea:
Era el dios de la raza viperina
Que maldijo el Profeta de Judea.

XIII.

Esa casta de buitres insaciable
De podredumbre y revestida de oro,
Que mientras canta salmos en el coro
Hace en la guerra fulminar el sable,

Que con una impudencia abominable
En la riqueza funda su decoro,
Y de aumentar se ocupa su tesoro
Explotando la fé del miserable,

Esa es, como al mundo es bien notorio,
De quien la ruina nacional depende:
Con un pretexto fútil, irrisorio,

Se deja arrebatar, del Bravo allende,
Una porción del patrio territorio
Y otra gran parte ¡execración! la vende.

XIV.

El suelo de la patria ensangrentado
Y a su mitad, o menos, reducido,
Parecía ¡Buen Dios! dado al olvido
Y de tu mano paternal dejado:

El campo a la rapiña abandonado,
A merced, los caminos, del bandido,
Cada hogar en baluarte convertido,
Y cada ciudadano en un soldado.

Pero así cual Jesús nacer debía
En humilde portal, sin pompa vana,
En Belem de Judá, de una judía;

Guelatao, Belem americana,
A México dió un Cristo que venía
De purísima raza mexicana.

XV.

Juárez del templo arroja al vil escriba
Y al fariseo, hipócrita usurero,
Que cambiaba prebendas por dinero,
Y del altar los ídolos derriba,

Pero ¿Qué infamia habrá que no conciba
El talento diabólico del Clero?
Busca entonces ejército extranjero
Y a Veracruz como invasor arriba;

¡Sangre otra vez, más sangre y más
(horrores!

¡A la patria de nuevo el luto cubre!
La libertad sembrada allá en Dolores

Aún con el cáliz la corola encubre,
Y necesita para abrir sus flores
La sanguinaria ley de tres de Octubre.

XVI.

El armonioso y místico torrente
De las notas del órgano sonoro
Se oyó de nuevo en el extenso coro,
Dando gracias al dios, pío y clemente,

Que colocaba un príncipe eminente
Sobre un trono de púrpura y de oro
Pintado con la sangre y con el lloro
Del corazón de un pueblo independiente.

Mas la vieja campana de Dolores,
Tocada por la mano de la Parca,
El hasta aquí al poder de los traidores,
Con un tañido funeral demarca,
Y al fin la libertad abrió sus flores
Regada con la sangre del monarca.

XVII.

Entre el cadalso que en Chihuahua un día
Levantara la furia del tirano,
Y el cadalso en que fué Maximiliano
Por la ley castigado cual debía,

Hubo un lago de sangre, patria mía,
Que al secarse formó rojo pantano
De donde se evapora miasma insano
Que tiene al fanatismo en agonía.

Hundirte en la miseria y en el duelo
Ya no podrá su esfuerzo moribundo:
Libre ya sobre el fondo azul del cielo,

Flamea el pabellón de Iguala oriundo,
Y el águila de Anáhuac tiende el vuelo
Meciéndose orgullosa sobre el mundo.

Las páginas sangrientas que en la historia
De nuestra patria el despotismo ha escrito,
Consignado delito tras delito,
El patriotismo las cubrió con gloria.

A Hidalgo le debemos la victoria:
El la inició con un supremo grito,
¡Qué su glorioso nombre sea bendito
Y viva eternamente su memoria!

Yo le tributo gracias sin medida
Porque debo al esfuerzo de su brazo:
El bienestar de mi tranquila vida,

De mi familia el cariñoso lazo,
Y hasta la pobre choza que escondida
Tengo yo aquí del Bravo en un ribazó.

AL PUEBLO

A la tribuna popular me traje
 El entusiasmo que la patria inspira,
 Y vengo del taller, donde se aspira
 El saludable ambiente del trabajo;
 Dejé el martillo al empuñar la lira,
 Mi pobre lira que dejé arrumbada
 Tras de la caja de herramienta un día
 Vuelve a mis manos limpia y encordada
 Para cantar tus glorias patria mía.

Por tres siglos uncido al yugo hispano
 Tu suelo araste, pueblo mexicano:
 Pero sonó de redención la hora,
 Desnudaste la espada vengadora
 Y le lanzaste un reto a tu tirano
 Una mañana al despuntar la aurora.

Peleas por once años denodado
 Fabricando tus armas con las rejas
 Que arrancaste al extremo de tu arado
 Las sementeras olvidadas dejás,
 De gañán convirtiéndote en soldado,
 Y con tu sangre haciendo arroyos rojos

Leída la tarde del 16 de Septiembre de 1895.

De los surcos que tanto habías regado
 Con tu sudor y el llanto de tus ojos.

Pero venciste al fin: sobre tu frente
 Colocó sus laureles la victoria,
 Su aureola de ráfagas la gloria,
 Y te llamaste pueblo independiente.
 Aún no cicatrizadas tus heridas
 Vuelve las armas a blandir tu mano
 En contra del avaro americano
 Al ver tus posesiones invadidas,
 Y luego empeñas luchas fraticidas
 Que el fanatismo exacerbó inhumano,
 A tal grado y con tanta villanía,
 Que algunos de tus hijos extraviados
 Tu libertad vendieron, olvidados
 Del sacrificio que costado había,
 Un déspota a buscar fueron a Europa
 Y hallaron un Habsburgo empobrecido,
 Mas lograron traerlo, sostenido
 Por extranjera y numerosa tropa.

Cinco años más de lucha, lucha impía
 Que te mantuvo siempre en el dilema
 De matar o morir a cada día;
 Pero también se resolvió el problema
 En pro de tu valor y tu hidalguía,
 Rodando al polvo la imperial diadema
 Unida a la cabeza que ceñía.

Todavía después el patrio suelo
 Pudo manchar algún disturbio insano;
 Pero pasó cual pasa por el cielo
 La tormentosa nube de verano,
 La tempestad cesó, sereno ahora

El cielo de la patria resplandece,
Y en el tranquilo azul sus alas mece
El águila de Anáhuac vencedora.

Vuelva pues a sus lares el guerrero
A contar las batallas que ha ganado
Junto a la lumbre de su hogar sentado,
Y a ostentar sus medallas placentero;
Nosotros, empuñemos el acero;
Donde acaba el trabajo del soldado
Comienza la campaña del obrero.
Venga el martillo, inflámense los hornos,
Brotan chispas del hierro enrojecido,
Crujan las sierras, muévanse los tornos
Con desacorde y estridente ruido,
Los nervios del ocioso cortesano
Se crispen de las limas al chirrido;
¡Atrás el perezoso envilecido!
¡Viva el trabajo, paso al artesano!
Al golpe atronador de su martillo,
Derrúmbese la altiva ciudadela;
Caigan los recios muros del Castillo
Y en su lugar constrúyase la escuela;
Como aparecen en los cuentos de hadas
Mansiones encantadas esplendentes,
Surjan palacios, parques y calzadas,
Se abran canales, se levanten puentes;
De la mar en la linfa bullidora
Buques mercantes cuéntense por miles,
Y recorra la audaz locomotora
La tierra nivelada con carriles.
El trabajo y la paz corran parejas
Y no se vuelvan a escuchar alarmas:
Si antes hicimos armas de las rejas

Ahora hagamos rejas con las armas,
Que se perciba el ruido en todas partes
Del trabajo en lugar de la pelea,
Y nuestro lema en adelante sea
¡Progreso de la patria por las artes!

DOS BANDERAS

Muestra de estimación y afecto
a mi buen amigo el Sr. Coronel

EMILIO GALLARDO.

Las plantas al presentir
Que llega la primavera,
A la luz que reverbera
En un cielo de zafir,
Su savia sienten hervir
Con eróticos ardores,
Y en sus sencillos amores,
Recostadas en los prados,
Se dan besos perfumados
Las enamoradas flores.

Con los aromas que exhalan
Sus matizadas corolas,
Que ciñe el Sol con aureolas,
Al aura pura regalan.
Y las linfas que resbalan
Con rumorosa corriente

Recitada en la plaza de Hidalgo la tarde
del 5 de Mayo de 1903.

Dan su música en la fuente
A la orgía de colores
Y a la bacanal de olores
Que hay en la luz y el ambiente.

Es Puebla rico vergel
De sorprendente belleza
Donde la naturaleza
Sembró flores a granel;
Pero el destino cruel,
Del cual todo marcha en pos,
O algún designio de Dios,
Quiso que talado fuera
En la hermosa primavera
Del año sesenta y dos.
En Londres se concertaron
Tres poderosas naciones,
Y por fútiles razones
A México amenazaron,
Y sus navíos lanzaron
Del Atlántico a la anchura,
Cruzándolo a la ventura
Para darle forma a un sueño
De Napoleón el Pequeño
En noche de calentura.

El egregio General
Don Juan Prim, hombre de honor,
De talento y de valor;
Mas digno, noble y leal;
Viendo a Francia enredar mal
La política maraña
No quiso abrir, la campaña;
Wyke, el inglés lo imitó,

Y a Inglaterra se volvió
 Como Prim se volvió a España.
 Solo quedó de los tres
 Ministros el maniquí
 De Napoleón, Saligny
 Con su ejército francés.
 ¡Quién creyera que después
 De violar la "Conversión
 De Soledad" el bribón,
 Atropellándolo todo,
 Arrastrara por el lodo
 El honor de su nación?
 Francia, conspicua entidad
 Del mundo, del saber templo
 Y la que ha dado el ejemplo
 En todo a la Humanidad;
 Lo dió entonces de ruindad,
 De perfidia y de ambición
 Pero no fué la nación
 La que hizo blandir los sables;
 Fueron los dos miserables
 De Saligny y Napoleón.

Pero sea como quiera,
 Valiéndose de un engaño,
 Al comenzar de aquel año
 La florida primavera,
 Trajo Francia su bandera
 Azul, Blanca y encarnada,
 Y en Orizaba clavada,
 Frente a frente de la nuestra
 La dejó, como una muestra
 De la guerra declarada.

¡Dos pendones tricolores
 Colocados frente a frente!
 Pero ¡Ay! qué diferente
 El brillo de sus colores!
 Uno, el de los invasores
 Cuyo poderío aterra,
 Triunfante en toda la tierra;
 El de la patria, empapado
 En su sangre y desgarrado
 Por la fraticida guerra!

Los galos, lanzado el reto,
 Llegaron hasta Amozoc;
 Los hijos de Cuauhtémoc
 En Guadalupe y Loreto
 Hicieron su parapeto;
 Mas su actitud ni temores
 Infundió a los invasores,
 Pues ya la noche cercana
 Les dijo el jefe: "Mañana
 En Guadalupe, Señores".

Y aquel mañana era un día
 Como el de hoy, cinco de Mayo:
 El Sol mandaba su rayo,
 Tibio y dulce todavía,
 Sobre la flor que nacía
 En su cuna de verdura
 Y sobre la excelsa altura
 Cubierta de eterna nieve;
 Nada al parecer se mueve
 En la tranquila llanura.

De pronto, allá en el remate
 Del cerro un disparo truena,
 Y en todo el valle resuena:

Es la señal del combate,
De los zuavos el embate
En huracán se convierte,
Cada vez más rudo y fuerte
El cañoneo se escucha,
Y se empeña más la lucha,
y el hierro más da la muerte.

Tres veces los invasores
Las trincheras asaltaron,
Y otras tres los rechazaron
Sus heroicos defensores,
Tremolando sus colores
Al silbar de los balazos,
Y al chocar de los marrazos
Se encuentran las dos d'ivisas . . .
Y a la flamante hace trizas
La que estaba hecha pedazos.

Los zuavos se amedrentaron
Por fin, volvieron la espalda,
Y del cerro por la falda
Como avalancha rodaron;
Y el llano otra vez cruzaron
Los batallones maltrechos,
Derrotados y deshechos
Por el valor espartano
De un pueblo republicano
Defendiendo sus derechos.

Mientras la heroica ciudad
Sus murallas defendía,
En el cielo se cernía
La violenta tempestad.

Y ocultó la oscuridad
De una noche tenebrosa
La perspectiva horrorosa
Del campo que en la mañana,
Del Sol a la luz temprana,
Se ostentaba tan hermosa.

Sólo vagar se veían
De larga en larga distancia
Las luces de la ambulancia
Que en las sombras se movían,
Buscando a los que morían
En la campiña olvidados;
Valientes sacrificados
A la engañosa ficción
De que la fé y la opinión
Se imponen con los soldados.
La pelea continuó . . .
Pero no la recordemos;
Al cabo todos sabemos
De qué modo terminó:
El mundo asombrado vió.
Al final de la jornada
Una libertad salvada.
Humillado un traidor bando,
Y una corona rodando
Con la testa coronada.

Los católicos doctores
Responderán ante Dios
De la lucha entre los dos
Pabellones tricolores.
¡Ah! siempre fueron traidores:
Francia ha caído en sus lazos:
Entonces les dió los brazos

Su traición para ayudar,
 Y hoy los tiene que arrojar
 De aquél suelo a culatazos;
 Mientras Puebla ve lucir
 Su brillante primavera,
 Y a la luz que reverbera
 En su cielo de zafir
 Mira las flores abrir,
 Y oye a la mansa corriente
 Darles música en la fuente
 A la orgía de colores
 Y a la bacanal de olores
 Que hay en su luz y su ambiente.


APOTECOSIS DEL TALENTO

Allegoría.

A mi hermano Miguel P. Almaraz

ALBUM
 DE LA
 ESCUELA.

Entre copos de oro y gran
 El sol
 En los
 Con lentitud
 El
 Empuja hacia el mar los frutos,
 Riza las blancas espumas
 En las márgenes del lago,
 Y agita con blando halago
 Del nivel cune las plumas.

Los pajarillos caudales
 Gorgean en la cascada,
 Su corola perfumada
 Colompan las raras flores,
 Fuente penada 
 Ruge de placer la gran
 La naturaleza entera

Leído en el Teatro de la Habana en la distribución de
 premios el día 10 de Julio de 1885.